

El juego de las decapitaciones y la lúdica en José Lezama Lima

Mario Javier Pacheco

El mundo mágico de los escritores que nos llevan a mundos extraños, ilimitados en espacio y tiempo, es en realidad un pequeño cuarto, desordenado casi siempre, con una ventana para que el escritor pueda ver en la pared del frente los universos de su imaginación, y donde una biblioteca pretenciosa, alguna vez aspiró a contener los libros que hacen arrumes piramidales desde el suelo.

Así era el sitio de Lezama Lima en Trocadero 62 de La Habana.

Como buen latino, escribió sobre lo divino y lo humano, con la propiedad, no de un Lema, sino de un Lama, porque el trópico irrespeto especializaciones e inviste a los nativos de tanta sabiduría y sobradez, que permite que el curandero le pontifique al cirujano, el tinterillo al abogado, y el albañil al ingeniero.

Las sabidurías ingenuas son creadoras de realidades excéntricas, y a ellas apelaron García Márquez, Julio Cortázar, Borges, Lezama Lima, y muchos más, porque en ellas abunda la magia para su obra marginal y sorprendente.

“Recorría las aldeas del norte disfrazado de agente del apio, trasponía El Amarillo, penetrando en los puertos. En las posadas mientras él dormía, Cenizas del molino frente al río, vigilaba, jorobadita y huérfana, los baúles. Ponía en sus baúles, en el piso superior, las maderas olorosas y la pólvora, madre de las flores voladoras”

Lezama es goloso de su palabra alimentada en la imaginería isleña, irreverente, que se explaya en el “nacimiento de la expresión criolla”, para jugar con la ironía, el sarcasmo escondido, la belleza extraña.

“La cuchilla caía y se alzaba, alzando en cada una de esas ausencias el cuello aislado, sin gotas de sangre y convertido en una entelequia”

Repite Lezama, alzaba y alzando, como las normas proscriben, para evitar lo cacofónico, y juega, levantando en las ausencias “el cuello aislado”.

En Lezama brotan definiciones y códigos que se apartan de los establecidos. Su palabra es posibilidad creativa, y poder, pero especialmente placer, que trasciende, a pesar de ser un ejercicio personal.

“Cuando un campesino, por ejemplo, le mostraba un potro fuerte, clásicamente herrado, lo hacía con ingravidez, no temía que se fuese a romper la relación que existe entre el caballo, la herradura y la delicadeza

con que pellizcaba los músculos del caballo para que nos mirase artificialmente a la cara con ese metal y esos clavos.”

Lezama pareciera no preocuparse por el lector, sino por el goce de escribir jugando, como lo hizo García Márquez con el árbol genealógico de los Buendía, y Cortázar dando instrucciones para leer a *Rayuela*, y haciendo hablar a los autos de *La autopista del sur*, o cuando rompió el tiempo en *Todos los fuegos el fuego*. Igual que Borges disfrutó con la invención del Aleph y con su *Biblioteca de Babel* convertida en infinitos espacios hexagonales, como los granos de arena de la cárcel de su sueño entre otro sueño, de *La escritura del Dios*.

“Los grandes faroles de las casas más ricas, al moverse soplados por el viento de otoño, parecían pájaros que transportasen en su pico nidos de fuego. Cuando el viento arreciaba y el farol chocaba con la pared, volvían a parecer pájaros que al volar se golpeasen el pecho con la medalla de las ánimas del purgatorio.”

Lezama, escritor precoz, toma la confianza necesaria a la palabra, para jugar con ella y convertirla en instrumento lúdico, desde sus inicios en *Muerte con Narciso*, y en su Coloquio con *Juan Ramón Jiménez*, y en todos sus escritos, impregnados de originalidad, de creación. *“Danae teje el tiempo dorado por el Nilo”*

Su carta, aconsejando al novel escritor Cintio Vitier, en 1939, es descubridora de sí mismo:

“Continúese, consejo que yo también recibiría gustoso, y llegue a acostumbrarse a su misma sorpresa. A esto creo que Juan Ramón llama: seguro instinto consciente. Yo le llamaría nueva habitabilidad del paraíso por el conocimiento poético. Sabido es que el otro conocimiento fue el que lo hizo inhabitable”

Quien así aconseja, es un poeta que entiende del juego de la semántica, del -desarraigo lúdico de los sentidos- y que se permite expresar:

“Lo que me gusta y sorprende, son las inauditas tangencias del mundo de los sentidos, lo que he llamado la vivencia oblicua, cuando el timbre telefónico me causa la misma sensación que la contemplación de un pulpo en una jarra minoana”.

Decía Lezama que *“para mí, no existe realidad, ni recreación, hay imagen, es decir, creación”*

“Entonces se me ocurrió hacer una temeridad, hacer una locura que fue mi sistema poético del mundo, que lo considero un intento de intentar lo

imposible. Pero si en nuestra época no intentamos eso ¿qué es lo que merece la pena intentar? Lo que tenemos que intentar es eso, lo imposible".

Los lectores pudieron, por snob, entender que escribieron, y ellos lograron seguir mamando gallo y, alquimistas de la palabra, hicieron su, Opus magnum. La nueva piedra filosofal convirtió sus escritos en tesoros.

“El martín pescador se obstinaba en pasar su cuerpo a través de un anillo de plata martillada. El halcón, noble dueño de su precipitarse, abría lo circular, hasta trocarlo en curso y recurso, convirtiéndolo en el espíritu estepario. El otro halcón, breve, tornasolado, raspaba con furia en un dedo de rotación incesante.”

Bibliografía

Alegre Heitzmann Alfonso. José Lezama Lima. Letras libres. Sin fecha de publicación. Visto el 8 de agosto de 2015. Disponible en <http://www.letraslibres.com/revista/entrevista/jose-lezama-lima>

Fauquié Rafael: Lezama y Borges Escribir la extrañeza. Universidad Simón Bolívar de Caracas. 2005. Visto el 9 de agosto de 2015. Disponible en <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero29/extrane.html>

